**Marcos Giménez Z.**

Ph.D., M.A. y M.Sc. en
Sociología
Universidad de Washington
(Estados Unidos)

Sociólogo y Licenciado en
Sociología
Universidad Católica
Argentina

Consultor agropecuario

marcosgz@gmail.com
Argentina

Marcos Giménez Z.

Bienestar animal en ganadería de carne

Resumen

El bienestar animal en la producción de carne bovina surge de la adopción de buenas prácticas de manejo, basadas en el conocimiento científico del comportamiento animal y su aplicación en el trabajo cotidiano. La incorporación de este concepto a la práctica productiva no aumenta los costos sino los beneficios, por cuanto reduce pérdidas innecesarias en los animales, las instalaciones y las personas. Lejos de ser una imposición externa a la ganadería comercial, es el productor su principal beneficiario.

Abstract

Animal welfare in beef production results from the adoption of best management practices based upon scientific knowledge of animal behavior and its implementation along daily work. The introduction of this concept

in production practices does not bring more costs but rather increases profits, since it reduces unnecessary losses in animals, facilities and people. Far from being an external imposition to commercial ranching, it is in the best interest of beef producers, who are its prime beneficiaries.

El bienestar animal aparece como una nueva exigencia en la producción alimenticia. El productor ganadero suele percibir esta demanda como un costo más, o como una posible barrera comercial. No es así. El costo ya existe y es el del maltrato animal. Este provoca grandes pérdidas, las que en su mayor parte recaen, directa o indirectamente, explícita o implícitamente, sobre el eslabón productivo, es decir, sobre el propio ganadero. En consecuencia, el bienestar animal repercute principalmente a favor del productor.

Lo que en el primer mundo se denomina bienestar animal, entendido adecuadamente, no

es otra cosa que un conjunto racional de buenas prácticas de manejo. Estas procuran reducir al mínimo las pérdidas de animales por maltrato y otros efectos asociados con las malas prácticas (accidentes de trabajo, estrés laboral, daños a las instalaciones, deterioro de la imagen pública de la actividad ganadera).

Las buenas prácticas de manejo del ganado no son cosa nueva, ni mucho menos exótica para la ganadería argentina. Forman parte de las mejores y más antiguas tradiciones de la actividad en estas tierras, y solo se trata de rescatarlas del olvido o, cuando no han sido olvidadas, de aplicarlas sistemáticamente.

El maltrato y sus consecuencias

Las malas prácticas de manejo, que están directamente asociadas al maltrato animal, acarrearán pérdidas a la cadena de producción de ganado de carne. Las que mejor se conocen son las que ocurren entre el embarque y el faenado, la última etapa del proceso productivo.

No hay datos sistemáticos sobre estas pérdidas en la Argentina. Es sabido en la industria que, a partir de la implantación de la trazabilidad, los daños por machucones y desgarros dieron

un salto importante, al igual que el descarte de cortes valiosos por pH alto.

La información norteamericana surge de tres auditorías nacionales (1991, 1995 y 2000), que estimaron las pérdidas en 47, 28 y 40 dólares, respectivamente, por cada animal gordo faenado, solamente por fallas de manejo. Estos valores representaban entre el 4 y el 6% del valor del animal en pie.

Uruguay publicó los datos de dos Auditorías de Calidad de la Carne Vacuna, en 2002/03 y 2007/08, en las que se midieron las pérdidas por maltrato (machucones y cortes oscuros o pH alto). Estas sumaban, medidas a valores de hoy, 50 dólares por cabeza (5%) en la primera auditoría y 35 en la segunda (3,5%). No hay razones para suponer que las pérdidas sean mucho menos significativas en la Argentina.

En ambos casos, solo se midieron los daños en la etapa final del proceso. A ellos habría que sumar las pérdidas anteriores, desde el destete hasta la terminación del engorde, que posiblemente representen un porcentaje muy superior de pérdidas.

Las pérdidas por el mal manejo del destete, por ejemplo, se llevan cerca del 10% del peso de los terneros, además de

otros costos tolerados como males inevitables, como la morbilidad y mortalidad, o la pérdida de estado de las madres. Un buen manejo del proceso de destete solo requiere intervención en dos etapas (“desmamante” y separación), y permite reducir al mínimo los problemas y las pérdidas. Para ello, no se precisa más que un instrumento, el “destetador” (que reemplaza al “enlatado”), cuyo costo ronda los 100 gramos de ternero en pie.

Estudios recientes en Buenos Aires han comprobado que un procedimiento de inseminación a tiempo fijo (IATF) con manejo calmado logra entre un 20% y un 65% más de preñez que otros más estresantes.

Las causas del maltrato

Las malas prácticas de manejo, que llevan al anti-bienestar animal, se originan en algo muy simple: el trabajo “contra” (y no “con”) el vacuno. Este enfoque erróneo no es privativo de la Argentina, sino que se repite en cualquier país del mundo en donde haya una producción ganadera importante. Se parte de la idea de que el animal se va a resistir y que, por ende, habrá que forzarlo a hacer lo que se necesita. Para ello, se recurre a dos grandes categorías de manejo “contra” el bovino: la agresión y el encierro.

• El manejo agresivo

El espectro de prácticas agresivas es enorme, pero es posible identificar cinco tipos muy simples y fáciles de observar en cualquier situación de manejo:

1. El apremio
2. La violencia
3. La picana eléctrica
4. Los gritos
5. Los perros

Cualquiera de estas formas de manejo agrede al animal y, si se las aplica en combinación durante un lapso no muy largo, lo altera de manera persistente. Esto no es una opinión, sino que se sustenta en numerosas investigaciones científicas y, además, concuerda con la experiencia de los ganaderos que se han preocupado por mejorar las formas de manejo. Por ejemplo, coincide con las enseñanzas más antiguas de nuestra ganadería, tal como ha quedado el registro en los escritos de Rosas (1819) y Hernández (1882).

Su validez práctica se comprueba también por contraste, pues basta dejar de manejar el ganado con estos procedimientos (o hábitos) y la respuesta animal favorable es casi instantánea.

• El manejo por encierro

El progreso tecnológico en materia de instalaciones ha consistido casi exclusivamente en nuevas formas de inmovilizar al animal, no solamente para su tratamiento individual (por ejemplo: el cepo) sino en los pasos previos (manga, toril, bretes, callejones).

Para lograr la inmovilidad de los animales en espacios reducidos, se recurre al hacinamiento. A veces, esto se debe a las limitaciones de las instalaciones, que inducen al personal a llenar al máximo los espacios para no tener que repetir más veces la misma operación.

El encierro en condiciones de hacinamiento es una de las situaciones que más daño producen en el animal. Además, es la que más complica el manejo en condiciones de trabajo, ya sea porque el ganado se traba en vez de moverse, o porque cuando se puede mover ya está demasiado alterado y agresivo.

El buen manejo

Consiste en aplicar conocimiento para que los animales se vean libres de maltratos y sufrimiento innecesario. El solo desenvolvimiento de la ganadería con fines comerciales

involucra acciones que, si se las compara con el estado natural, son un maltrato y traen sufrimientos. Las vacunaciones, la marcación, la descornada, la castración, el destete, el transporte en camión y, por último, la faena, conllevan un nivel de maltrato y sufrimiento, pero son inherentes a la producción. Otra cosa es cómo se realizan estos procedimientos, es decir, si se minimiza el maltrato y el sufrimiento, o no se le presta atención y se lo considera inevitable. La mayor parte de los problemas de bienestar animal no son inherentes a la producción, sino que son totalmente innecesarios.

Es importante saber esto y distinguir entre: 1) la necesidad y conveniencia de tratar mejor a los animales y 2) la atención a otros cuestionamientos que en el fondo no apuntan al bienestar animal sino a la limitación y, eventualmente, la erradicación de la producción de proteína animal para consumo humano.

El segundo punto clave es la necesidad de aplicar conocimiento. El conocimiento, en general, existe. No se requieren grandes esfuerzos educativos, pues todo aquel que trabaje con ganado únicamente podrá hacerlo si cuenta con un acervo de conocimientos sobre la naturaleza y comportamiento del bovino. El problema es que el productor no siempre aplica esos conocimientos y, una vez

que deja de hacerlo, el manejo se le complica y debe recurrir al arsenal del maltrato, es decir, a trabajar “contra” el ganado.

Dos principios de comportamiento

Para los fines de manejo, el ganado vacuno tiene dos principios básicos de comportamiento: 1) son animales de manada y 2) son animales de fuga. Estos principios son conocidos, en mayor o menor medida, por todo aquel que trabaje con bovinos. Pero no siempre se cumplen y se respetan en el trabajo, de ahí que se termine en el manejo “contra” la naturaleza del vacuno.

Si se respetaran a toda costa estos dos principios, el movimiento del ganado dejaría de ser un esfuerzo, pues el trabajo de moverse hacia donde deben ir lo harían los animales por su propia voluntad o dinámica.

• La manada

El instinto de manada es simple de respetar: hay que manejar a los animales en grupo y no aislarlos ni dejarlos separados de la manada, salvo por periodos muy breves y por necesidades de trabajo. Esto es una verdad de Perogrullo, pero se hace caso omiso de ella tan frecuentemente

que es necesario remarcarla. Por ejemplo, si queda un solo animal en el toril, no hay que dejarlo solo (ni devolverlo hacia atrás); si un animal se escapa, no hay que salir a la disparada a correrlo porque se escapará más: hay que darle compañía y dejarlo que se junte, para luego buscar esa pequeña manada; si queda un animal solo en un corral, más vale darle compañía, antes de que la busque por su cuenta y salte cercos o atropelle puertas. Y así, los ejemplos podrían seguir. No basta conocer el principio de la manada, hay que aplicar ese conocimiento en todas las circunstancias del trabajo.

• La fuga

Este instinto quizás es menos conocido como tal, pues muchos creen que el vacuno es un animal de ataque, peligroso y temible. No es así. Es una especie de presa, que ante predadores (humanos, caninos, grandes felinos) procura escaparse, siempre que tenga la forma de hacerlo. Solamente, si no tiene escapatoria o ha sido agredido muy directamente, el bovino podrá reaccionar mediante el enfrentamiento, la lucha y eventualmente el ataque.

El manejo convencional, centrado en el encierro y en la agresión, anula el comportamiento de fuga y alimenta el de lucha. De ahí que se recurra a más encierro

(corrales cada vez más fortificados) y a más agresión (más apremio, violencia, picana, gritos y perros). Esta situación llevada al extremo, logra convertir por lo menos algunos individuos de un hato (toros, vacas) en animales de ataque, que inmediatamente entran a los corrales están buscando el perfil para llevarle la carga a los trabajadores. Este comportamiento no es el normal, sino una distorsión de la naturaleza debida al mal manejo. Su solución es más fácil y rápida de lo que se cree. No hay que reforzar los corrales y conseguir caballos más grandes; hay que dejar que se escapen estos animales agresivos, que nunca son más del 2 al 3% del total, para que luego se reúnan espontáneamente con la manada. Pero, sobre todo, hay que empezar a trabajar con el resto de acuerdo con su naturaleza, no contra ella.

El manejo de la fuga

Se basa en un concepto muy simple: hay que dejar que el ganado se escape de uno, siempre que se dirija adonde necesitamos que vaya (manga, camión, bañadero). Esto puede resultar inverosímil a quien está habituado al manejo “contra”, pero no lo es para el vacuno, que responde muy fácilmente a este manejo.

Para ello, hay que comenzar por erradicar las cinco conductas agresivas y eliminar el hábito del encierro. Luego, aplicar algunas herramientas que forman parte del arsenal del conocimiento de la buena ganadería.

1. Las líneas de balance

El bovino tiene tres ejes en su cuerpo: la línea de la cruz, la de la cola y la media (Figura 1). Según uno se ubique y presione de un lado u otro de estos ejes, el animal se fugará hacia el otro. Esta respuesta es conocida por cualquier ganadero, pero no siempre se usa este conocimiento y son habituales las instancias en donde alguien

mal ubicado pretende forzar al ganado a moverse contra lo que sería su reacción natural.

2. La visión del bovino

Es muy distinta de la nuestra, y ello explica numerosas reacciones animales que parecen ilógicas, pero no lo son.

El bovino -como muchos otros animales de presa o de fuga- tiene un campo visual muy amplio con cuatro grandes sectores: un sector de visión tridimensional en el frente, un sector ciego o de muy baja visibilidad en la cola, y dos sectores de visión distorsionada a ambos flancos (Figura 2).

Cuando mira con ambos ojos, el bovino puede determinar el tamaño y la distancia de lo que observa. Para el ganadero, es la posición más vulnerable, sobre todo ante un animal nervioso o agresivo, pues lo expone a la carga. Hay que desconfiar del animal que nos sigue con la mirada y tratar de salir de ese estrecho sector de visión tridimensional.

La zona ciega es la más inconveniente para presionar al animal, porque lo inducirá naturalmente a darse vuelta para tener al posible atacante a la vista.

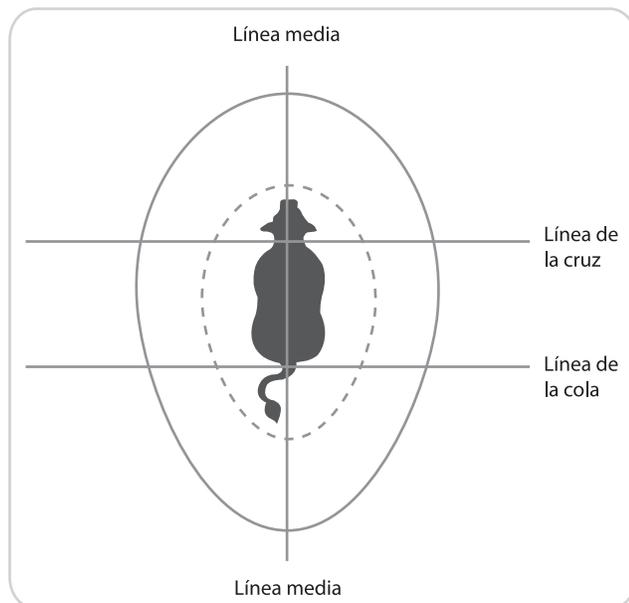


Figura 1.

Líneas de balance del bovino.

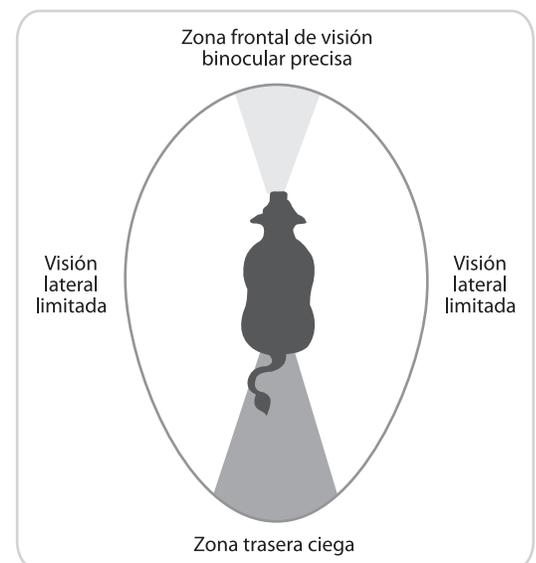


Figura 2.

Campo visual del bovino.

Hacia los flancos, el animal ve con un solo ojo y no puede determinar ni el tamaño ni la distancia, de modo que normalmente, al detectar movimientos en esas zonas, procurará alejarse marchando hacia donde estaba encaminado. Partiendo de esta realidad, es más efectivo presionar al animal sobre el flanco que por delante o por detrás, pues esa posición lateral le permite percibir la presión y a la vez mirar hacia la salida por donde se puede fugar.

3. Las zonas de fuga y de lucha

Hay un punto en el que los vacunos comienzan a apartarse del intruso, que es la distancia de fuga. Cuando el trabajador ganadero se acerca más (por ejemplo, dentro de los corrales), hay una posición en el que los animales dejan de fugarse y comienzan a enfrentarlo: es la distancia de lucha.

Esas dos distancias definen sendas áreas alrededor del animal: una zona exterior, de fuga y una zona interior, de lucha (Figura 3). Son ovaladas, más angostas a los costados que al frente o detrás del animal.

Ambas zonas no son una constante geométrica sino que varían según razas, condiciones ambientales, temperamentos individuales y variaciones en el manejo. Cada animal las define a través de su respuesta concreta al acercamiento humano: si no

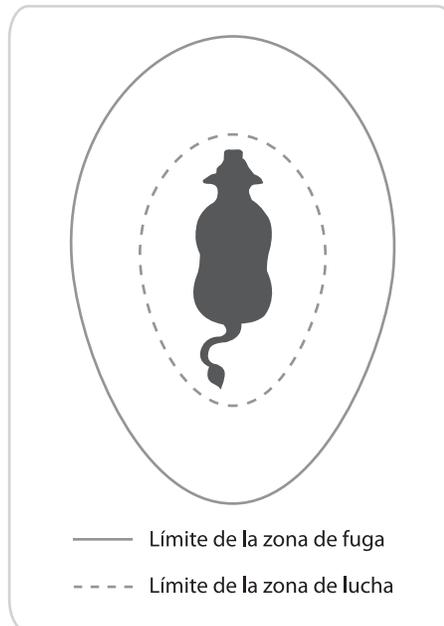


Figura 3.

Zonas de fuga y de lucha del bovino.

se mueve, se está fuera de su zona de fuga; si comienza a alejarse, se ha penetrado en la zona de fuga; cuando comienza a enfrentar al intruso, significa que este ya ha entrado en su zona de lucha.

En países con sistemas extensivos de producción, el manejo habitual del ganado bovino parte del supuesto implícito de que el bovino se resiste al manejo humano y que, por ende, el trabajo consiste en obligarlo a moverse en el sentido buscado. Este desconocimiento del instinto de fuga lleva a presionar en exceso, y demasiado cerca, a

los animales, lo que genera en ellos una reacción de defensa, primero, y luego de lucha. En vez de fugarse, se ponen rebeldes y rebotan ante la presión. Una vez que se establece esta relación, el movimiento del ganado exige más trabajo y, a la vez, los animales sufren innecesariamente.

4. Las banderas

Son las herramientas físicas apropiadas para este manejo. Aprovechan las deficiencias de la visión del bovino, que no logra distinguir con precisión la constitución física de la bandera, y sobre todo, su separación del portador. Cuando el animal ve la bandera, no la distingue del operario, sino que la considera una extensión del cuerpo de este. Las banderas, en consecuencia, aumentan súbitamente la envergadura del trabajador, e imponen al animal el respeto concomitante (Figuras 4 y 5).

Como herramienta física, las banderas deben ser usadas en consonancia con el conocimiento que brindan las otras tres herramientas conceptuales o mentales (líneas de balance, visión y zonas de fuga o lucha). Si solo se las usa como un arma más potente que el látigo, la picana eléctrica o los perros, es preferible no usar banderas, precisamente por su enorme poder: mal usadas, hacen más daño. Sirven para el maltrato, no para el bienestar animal.


Figura 4.

Llenado de manga con banderas.

Otras pérdidas por el maltrato

El mal manejo ocasiona pérdidas humanas mucho más importantes que las animales, pues uno de los grandes problemas de la actividad ganadera es su alto nivel de riesgo laboral. El trabajo agropecuario se encuentra tercero en la lista de siniestralidad de las Aseguradoras de Riesgos de Trabajo - ART, con una tasa apenas superior al 10% en Argentina (que significa que más de 1 de cada 10 trabajadores inscritos tienen un accidente registrado por año). El accidente más frecuente en el trabajo ganadero es el atropellamiento por animales, consecuencia directa del “manejo de lucha” predominante. El manejo de fuga se caracteriza por jamás inducir a un vacuno a atropellar, de modo que si se lo generalizara, es probable que este tipo de accidentes fuera la excepción y no la norma.

Los accidentes son el extremo visible y registrado de una forma de trabajo estresante, que exige


Figura 5.

Embarque de ganado con banderas.

mucho más esfuerzo físico del necesario y desgasta inútilmente a los trabajadores de los establecimientos ganaderos. Es lógico que cada vez resulte más difícil conseguir el personal necesario para estas tareas, de muy baja calificación por la forma obsoleta en que están diseñadas (basadas en la fuerza física y no en la fuerza del conocimiento).

Por último, el trabajo “contra” el animal requiere instalaciones poderosas, aptas para sobrellevar una presión tremenda del ganado, y también demanda constantes reparaciones de los daños producidos por el mal manejo. Adicionalmente, requiere caballadas adecuadas, en cantidad y en alzada, a la necesidad de forzar al ganado en vez de conducirlo.

Conclusión

Conociendo el comportamiento natural del ganado, no hace falta usar la fuerza física, pues basta y sobra con aplicar la inteligencia.

Este enfoque del manejo del ganado se basa en ajustarse a la propia naturaleza bovina, en vez de imponerse mediante prácticas violentas fundamentadas en la ignorancia o en criterios industriales de producción (por ejemplo, mover el ganado como si se tratara de objetos inanimados).

Por esta razón, es un manejo más natural que el vigente en la mayoría de los países productores de ganado del hemisferio norte y se adecua mejor a los valores que encierra la idea del bienestar animal.

Sumado a las condiciones naturales en que se desenvuelve la producción bovina en nuestros países, un manejo atento al buen trato de los animales, como el que aquí se presenta, lejos de constituir un costo o una desventaja, brinda a la cadena de la carne una oportunidad única de diferenciarse y de presentarse ante el mundo como modelo de bienestar animal.

Infografía

Bienestar Animal en Ganadería de Carne



Bibliografía

Giménez Zapiola, M. (1999). La etología aplicada a la ganadería. *Márgenes Agropecuarios*.

Giménez Zapiola, M. (2001). Los siete hábitos más caros del maltrato animal. *Informe Ganadero*.

Giménez Zapiola, M. (2002). Hacia un mejor trabajo de destete. *Informe Ganadero*.

Giménez Zapiola, M. (2004). ¿Cómo pasar del maltrato al bienestar animal?, algunas ideas prácticas. Montevideo: Instituto Nacional de Carnes (Inac).

Giménez Zapiola, M. (2004). Claves para el diseño de corrales. *Márgenes Agropecuarios*.

Giménez Zapiola, M. (2004). Diez ideas para mejorar el manejo de la hacienda. *Anuario Hereford*.

Giménez Zapiola, M. (2006). Bienestar animal y calidad de la carne vacuna. *Cuadernillo Técnico*, 1. Recuperado de: www.ipcva.com.ar

Giménez Zapiola, M. (2006). *Manual de buenas prácticas ganaderas*. Buenos Aires. Cámara Argentina de Consignatarios de Ganado. Recuperado de: www.cacg.org.ar

Giménez Zapiola, M. (2012). El arreo del ganado, *Márgenes Agropecuarios*.

Giménez Zapiola, M. (2012). El trabajo en corrales y mangas, *Márgenes Agropecuarios*.

Giménez Zapiola, M. (2014). Un sistema sencillo para desternerar. *Informe Ganadero*.

Grandin, T. (2000). *Beef cattle behavior, handling and facilities design*. Collins, Colorado: Grandin Livestock Handling Systems.

Grandin, T. & Johnson, C. (2005). *Animals in translation*. Scribner. Nueva York.

Grandin, T. & Deesing, M. (2008). *Humane livestock handling*. Massachusetts: Storey Publishing.

Hernández, J. (2011). *Instrucción del estanciero, 1882*. Buenos Aires: Claridad.

Kilgour, R. & Dalton, C. (1984) *Livestock Behavior: a practical guide*. Londres: Granada Publishing.

Rosas, J.M. (2009). *Instrucciones a los mayordomos de estancia, 1819*. Buenos Aires, Ediciones Theoria.

Smith, B. (1998). *Movin'em. A guide to low stress animal handling*. Hawaii: The Graziers Hui, Kamuela.

Williams, B. (1990). *Stockmanship* (video). Lloydminster, Alberta.

Sitios web

www.grandin.com/spanish
www.produccionbovina.com
(etología bovina y bienestar animal).
www.stockmanship.com ■